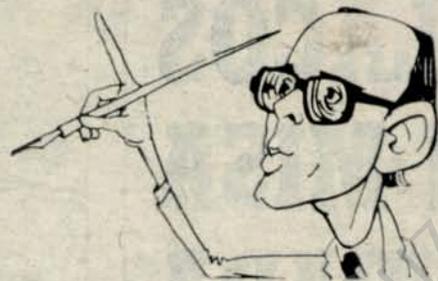


Hoy escribe: JAIME GUZMAN

Marxismo y patriotismo: incompatibles



CUANDO en el combate ideológico antimarxista se afirma que no se puede ser, a la vez, un buen patriota y un auténtico marxista, suele observarse una cierta reacción asombrada o escéptica. Algunos piensan que se trata de un aserto exagerado, que daría al "internacionalismo proletario" de Marx, Engels y Lenin, una interpretación demasiado literal o intencionada, la cual no traduciría el verdadero pensamiento o las actuaciones prácticas de quienes hoy se declaran marxistas.

El vasallaje del comunismo chileno respecto de Moscú se juzga a veces como una versión extrema y atípica en la materia. Por contraste, la independencia que algunos eurocomunistas proclaman frente a la Unión Soviética suele invocarse como ejemplo de una cierta evolución al respecto.

Sin embargo, el drama polaco de estos días ha vuelto a evidenciar lo tangible y vigente de la incompatibilidad entre marxismo y patriotismo.

ESTA suficientemente claro que la actual rebelión del pueblo polaco nace de sus más profundas raíces nacionales. Un país sojuzgado por un sistema que rechaza, y por una potencia extranjera de cuyo imperialismo desea liberarse, ha hecho brotar y crecer una de las reacciones más valientes y profundas que la humanidad recuerde en los últimos años.

El reparto del mundo que, con mezcla de traición y torpeza para la causa de la libertad, acordó Occidente con la Unión Soviética —su "aliado" triunfante después de la segunda guerra mundial— situaba dentro de la "lógica" esperada, una eventual in-

vasión soviética para aplastar el renacer polaco, al igual que lo ocurrido en Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968.

PARECE cada vez más inocultable que en la imposición de la Ley Marcial con que se procura oprimir completamente a Polonia desde la semana pasada, existe una importante presencia de efectivos militares soviéticos, aun disfrazados con el uniforme del ejército polaco. Tampoco cabe descartar que, si ello fuere insuficiente para aplastar enteramente a ese pueblo noble y heroico, la Unión Soviética mostrará en forma más cruda su rostro invasor.

No obstante, lo más trágico y elo-

cuente es que la actual represión de un sentimiento que interpreta a la gran mayoría polaca, y que arranca de la más genuina aspiración de ese pueblo a su identidad nacional, ha sido ordenada y ejercida por un grupo de miembros de esa misma nación, encabezados por Jaruzelski.

La excusa de que ello pudiera ser lo único posible para impedir el mal mayor de una abierta invasión soviética, nunca será suficiente para explicar una actitud que busca ahogar el supremo e inalienable derecho de la propia Patria a la libertad.

LA única explicación valedera al efecto, es que para ese grupo de polacos que hoy ayudan a sojuzgar a Polonia, el sentido de Patria carece de todo valor. Así lo aprendieron en las doctrinas de Marx, Engels y Lenin. Así lo asumieron al transformarse en comunistas doctrinarios y militantes. No son auténticos polacos porque son auténticos marxistas. Y no se puede ser verdadero patriota y marxista a la vez.

Se trata de una disyuntiva vigente para cada persona, al momento de definirse ideológicamente. Sólo que a veces —como hoy en Polonia— la realidad de los hechos la hace más patente e ineludible. Y entonces aparece, en toda su gravedad, la opción abyecta asumida desde el instante mismo de adherir doctrinariamente al marxismo. Puede ser duro decirlo o admitirlo. Pero mucho peor es tener que sufrirlo.

“El grupo de polacos que hoy ayuda a sojuzgar a Polonia... no son auténticos polacos, porque son auténticos marxistas...”
